Porque no era necesario para ello llegar hasta el sacrilegio, que tanto la había aterrado siempre y la seguía aterrando; dispuesta estaba ella á lo que creía únicamente necesario para confesarse bien, acusarse de todos sus pecados y enumerar todos sus extravíos... ¿Qué le importaba á ella que el P. Cifuentes supiese lo que hasta en los mismos periódicos se había publicado y había leído ella sin sonrojarse... ¡Si hubiera algún sacrificio que hacer, si hubiera algo que cortar, sería entonces otra cosa; pero la muerte, el puñal de un asesino, se había encargado de sacrificar, se había encargado de romper, y ya no le quedaba á ella nada, nada, sino aquella herida en el corazón y aquel despecho en el almal... Y ante aquellas dos ideas que la exasperaban, Jacobo muerto, y ella caída de su pedestal, sentía hervir su sangre de dolor y de ira, y parecíale lo primero el crimen más nefando que se había cometido en el universo, y juzgaba lo segundo el acto de tiranía más atroz que pudiera atribuirse á Nerón, á Tiberio ó á Busiris.

Con cierto miedecillo muy natural y fundado, fué á ver al P. Cifuentes, porque tenía el Padre fama de marrullero; mas su voluntad, repentina como el capricho de una mujer, era robusta como la resolución de un hombre, y tranquilizábala en parte la íntima conciencia que tenía ella de que pocos la aventajaban en astucias y marrullerías. Con habilidad suma dió principio al desarrollo de su plan, comenzando por exponer la vocación de Lilí, anhelo de su corazón, esperanza dulcísima de su alma, que estaba ella dispuesta á apoyar con todas sus fuerzas, aunque hubiera que luchar con las serias dificultades que había de poner Fernandito; hábil estaquita esta última que plantaba desde luego la taimada, para agarrarse á ella más tarde, y destruir cuando hubiera logrado su objeto, los santos planes de la niña. Escuchábala el jesuíta impasible, con las manos metidas en

las mangas, clavando en ella de cuando en cuando las miradas de sus ojos, aguda como la punta de una lanceta, que hacía á Currita ladear los suyos, ora bajándolos, ora paseándolos por las paredes del cuarto. Cuando la dama dejó de hablar, sacó el P. Cifuentes á relucir la tabaquera de cuerno, con su heraldo obligado, el pañuelo á cuadros azules y verdes, y con la mayor naturalidad del mundo, dijo resueltamente:

-Su hija de V. no tiene vocación, señora Condesa.

Quedóse Currita estupefacta y desconcertada, y tartamudeó moviendo la cabecita...

Pues ella me había dicho... Yo creía...

—Creyó V. mal, señora Condesa... Esa niña es un ángel, de entendimiento muy claro, de corazón muy grande y muy recto, y está aterrada por las cartas de su hermano, que... ¡pasan el alma, señora Condesa, pasan el alma!...

Y las dos lancetas que tenía en los ojos el P. Cifuentes, pasaban de parte á parte la frente de Currita, cual si fuesen á clavarse en el fondo de su pensamiento.

—Por eso—prosiguió lentamente el jesuíta—quería esa pobre niña ofrecer el sacrificio de sí misma, para asegurar la salvación de los demás, para expiar culpas ajenas por las cuales se aflige, como se afligen los ángeles del cielo; llorándolas, pero sin ponérselas á nadie en cuenta... Y note usted lo que digo, señora Condesa. Sin ponérselas á nadie en cuenta...

La señora Condesa bajó los ojos muy modestita, como haciéndose la desentendida de si era á ella ó no á quien le tocaba pagar aquella cuenta, y el Padre continuó:

—Pero como V. comprenderá, este sacrificio de precio incalculable, cuya idea le fomentaré yo por lo que en sí tiene de útil y meritorio, y porque bastará quizá el ofrecerlo para alcanzar de Dios lo que el pobre ángel pide, no es

una vocación religiosa, es solo un ofrecimiento que en su aflicción y en su generosidad hace la niña, y mientras Dios no lo acepte, no existe la verdadera vocación, y yo por mi parte, ni puedo aconsejarla, ni autorizarla tampoco hasta entonces.

—Pues estamos al principio de la conversación—pensó Currita sin comprender del todo aquellas místicas sutilezas; y dando vueltas entre sus manos á un precioso Devocionario que había traído de intento para demostrar su piedad al Padre, dijo modestamente:

JY qué cree V. entonces que debe de hacerse?...

—Dejar obrar á la gracia de Dios, que quizá le conceda como premio la vocación que aún no tiene, y mientras tanto, no sacarla del colegio.

—¿No cree V. entonces, que le convenga volver á su casa?...

El P. Cifuentes abrió la tabaquera, y con la impasibilidad del hombre que golpea en los oídos de un sordo, con la sencillez con que hubiera dicho que hacía calor ó estaba lloviendo, dijo tranquilamente:

—No señora... Los ejemplos que vería en ella, no conseguirían quizá corromperla; pero de seguro lograrían matarla.

Currita no protestó contra aquel reproche tremendo; no se avergonzó ni se indignó tampoco. Asióse, por el contrario, para llegar á su objeto, á la punta de aquella maza que la aplastaba, y dijo lastimeramente:

—¡Ay sí, sí, Padre, es verdad!... ¡Si V. supiera lo que pasa en mi casa! ¡Si V. conociera la situación en que me encuentro!

Y adoptando el cálculo más hábil del disimulo, el de apropiarse la ingenuidad y disfrazarse con la sencillez y la franqueza, refirió con toda verdad al P. Cifuentes el escándalo de su vida, la trágica muerte de Jacobo, la calumnia difundida por aquellos enemigos invisibles, la imposibilidad en que estaba de acusarlos á ellos y defenderse ella misma ante los tribunales, y la necesidad que tenía de alguien respetable, de alguna persona autorizada por su santidad y su prestigio, que sacase la cara por ella, perdonándole las faltas verdaderas y defendiéndola de los falsos crimenes, concediéndole su protección y su amistad, y rehabilitándola por este solo hecho á los ojos del mundo... Y no pedía esto por ella misma, que nada merecía y así lo confesaba: pedíalo por caridad de Dios, por lástima, por compasión hacia sus propios, hijos...

Calló Currita, y con la cabeza baja y las manos cruzadas y entornados los ojitos, esperó muy devotica el sermón formidable, la peluca tremenda que creía ella iba á venir tras de aquello, seguida de alguna violenta exhortación á la confesión y á la penitencia, con algunos toquecitos de llamas del infierno; y luego, más tarde de lo que ella deseaba y con tanto anhelo iba buscando, un generoso ofrecimiento, noble, sincero y amplio... Mas el P. Cifuentes, que había escuchado sin pestañear todo aquel cúmulo de vergüenzas y horrores, que no había hecho el menor gesto de asombro, de disgusto, de compasión ni de protesta, sacó la tabaquera de cuerno, tomó un polvo y dijo lacónicamente:

-Haga V. los Ejercicios...

-¿Los Ejercicios?-preguntó el'a muy sorprendida.

—Sí, los Ejercicios de San Ignacio digo... Ayer los han empezado en el Sagrado Corazón, en la calle del Caballero de Gracia... Todavía tiene V. tiempo: empiece esta misma tarde.

—Yo... bueno... desde luego—dijo Currita titubeando.— Pero según tengo entendido, sólo se entra allí con papeleta, y yo no la tengo. 528

-Pues yo la recomendaré á V. á la Superiora, y le hablaré á la Marquesa de Villasis, que es Presidenta del Consejo... le establicate v solle à solucion afi adotte aus

Currita sintió tal movimiento de gozo, que estuvo á pique de venderse... ¡Por fin triunfaba, y á pesar de su impasibilidad y no obstante sus marrullerías, hacía tragar al bendito Padre todo el anzuelo... entre la Marquesa de Villasis, la dama de mejor nombre en la corte, y el P. Cifuentes, el sacerdote de más prestigio, haría ella su entrada triunfal en el gremio de beatas aristocráticas, y una vez dentro, no bien tomase ella terreno, ya sabría reconquistar palmo á palmo los aplausos y las adulaciones, y colocarse de nuevo en el antiguo puesto perdido.

Vistióse sencillamente, siempre con aquel prolijo cuidado de los detalles pequeños, que desprecian los talentos vulgares y tienen en mucho los privilegiados y prácticos, una modesta falda de seda negra, un abriguito de terciopelo con pieles, y la mantilla recogida por completo sobre los hombros, chiffonnée con mucha gracia, cubriendo las blondas del velo parte del rostro, pero dejando ver perfectamente los rojos pelitos, contraseña suya característica, que cuidó muy bien de dejar á la vista con cálculo prudentísimo, para que en caso de oscuridad ó de duda, pudieran todos reconocerla. Susonal sulta y ordon au senet sorresus su

Á las cinco comenzaba el santo Ejercicio, y á las cinco y siete minutos calculó ella muy bien su entrada, para que fuese de todos vista. Apeóse del coche y entró en el zaguán, creyendo encontrar allí alguna religiosa ó algún portero á quien preguntar por la Marquesa de Villasis ó por el P. Cifuentes: mas sólo vió delante una empinada escalera dividida por en medio con un barandal de hierro, que hacía veces de pasamanos. En lo alto, dos señoras cuchicheaban entre sí muy quedito, é interrumpiéndose bruscamente al ver subir á Currita, desaparecieron al punto, sin que la dama pudiera reconocerlas. Encontróse entonces frente á la puerta de la capilla, que estaba de par en par abierta; era esta entrelarga, ancha y extensa, con una gran puerta en el fondo que daba al interior del colegio, y otra lateral para el servicio de la gente. En el testero hallábase el altar, parcamente adornado, con algunas luces que ardían á derecha é izquierda del tabernáculo. Arriba, en la parte más alta, había una hermosa efigie del Sagrado Corazón, y caía desde sus pies hasta abajo, un gran paño de brocado recamado de terciopelo rojo, con estas palabras bordadas: Venita ad me omnes. À uno y otro lado de la gran puerta del fondo estaban las sillas de coro de las religiosas, y sentadas en ellas las señoras del Consejo. La Marquesa de Villasis ocupaba la esquina derecha, teniendo á su lado á la Duquesa de Astorga.

Currita vió desde la puerta el extremo de un banco desocupado, y ante él se arrodilló, haciendo uno de esos garabatitos con que creen ciertas damas santiguarse, cruzando las manitas sobre el respaldo, inclinando la cabeza con mucha devoción, y poniéndose á registrar con el rabillo del ojo todo cuanto había y pasaba dentro de la capilla... ¡Prodigio maravilloso de la perspicacia y fuerza comunicativa de la grey femenina!... Cuatro minutos después, no quedaba en el extenso recinto una sola alma más ó menos pía, que no hubiera atisbado la entrada de Currita, sin que fuese necesario para ello más que alguno que otro suave cuchicheo, alguna que otra disimulada seña, alguno que otro libro devoto ó rosario bendito que rodaba por el suelo, para dar ocasión á la dama que lo recogía, de lanzar una rápida mirada con el mayor disimulo. Allí estaba ella, con mucha devoción, aguantando á pie quieto las miradas, y suponiendo los comentarios internos que acompañaban á

éstas; la Condesa de Murguía, señora muy severa, que había comido muchos viernes en casa de Currita, y disfrutado no pocas veces de su palco en el teatro, hallábase á su lado... Alarmóla esta proximidad; volvió la cara angustiada, y apretando cuanto pudo á las otras señoras que ocupaban el banco, apresuróse á dejar entre ella y la escandalosa, un gran espacio vacío. Currita, sin perder su devoción, sintió ganas de tirarle del pelo.

Entró á poco una señora con dos niñas al parecer sus hijas, y una de éstas, la más pequeña, fuése á arrodillar junto á Currita en el hueco vacío; mas la madre, advertida sin duda por otra señora que le habló por lo bajo, levantóse prontamente, tocó en el hombro á la niña, y apartóla de allí. Currita no sintió esta vez ira; sintió una sensación penosa, amarga, desconocida para ella, que se le figuró semejante al desconsuelo de verse sola y desamparada por un sér querido; aquella niña le había recordado á Lilí.

Entraban nuevas señoras, llenábase la capilla de bote en bote y apiñábanse las rezagadas contra las que habían llegado antes, sin que ninguna quisiera ocupar el sitio vacío al lado de Currita. Ella sintió crecer aquel desconsuelo que la oprimía, y la angustiaba y le producía una irritación sorda, una amarga iracundia, que la llevaba á escarbar llena de saña en el basurero de su vida, buscando y enumerando las vergüenzas públicas, las inmundicias de todos conocidas, que le había tolerado, consentido y hasta aplaudido como amables pequeñeces aquel mismo Madrid que ahora le volvía la espalda, para arrojárselas á la cara, gritándole con muy buena lógica:--¿Acaso soy ahora peor que lo fuí antes?... ¿Por ventura hace más fuerza en ti una calumnia anónima, levantada por pérfidos asesinos, que ese montón de lodo con que á todas horas te he salpicado el 

-¡Oh! ¡qué mundo, qué mundo aquel tan injusto y tan asqueroso! ¡Con cuánta razón se resistía á entrar en él Lilí, aquel ángel del Señor tan puro y tan bellol... Y á este recuerdo, con la rapidez con que se muda la decoración en una comedia de magia, sustituyó en su mente la imagen de la niña al Madrid injusto y asqueroso que provocaba sus iras, y quedaron frente á frente, embargando todo su entendimiento, la celestial figura de Lilí, derramando luz vivísima del cielo, y el montón de lodo repugnante y hediondo, la charca sucia y cenagosa que acababa de formar ella con tanta saña, haciendo examen general de toda su vida... Currita creyó ver una cloaca á la pura y rosada luz del alba, creyó ver el infierno á la luz del paraíso, y se sintió confundida y se juzgó condenada; porque aquel montón de lodo era ella misma, y aquel resplandor de Lilí era la luz de Dios, único criterio de moral, independiente de míseras condescendencias sociales, á que deben de ajustarse los actos humanos. Un último movimiento de soberbia la agitó sin embargo.

—¡Soy una infame, es cierto!...¡Pero que no me condenen los hombres que me condene Dios!...

Y al levantar la vista rabiosa y desesperada, como para lanzar en torno una mirada de orgulloso desafío, divisó al frente la imagen de Jesucristo, del Juez único que su soberbia vencida aceptaba, mostrándole su corazón herido, diciéndole en aquel letrero que tenía por debajo: Venite ad me omnes. Un crujido misterioso lastimó entonces su pecho, y repitió muy quedo:

—¡Omnes... Todos, todos!...

Habíase mientras tanto rezado el Rosario, y un jesuíta subía en aquel momento al púlpito, para exponer la meditación que correspondía según el orden establecido en los Ejercicios de San Ignacio. Era sobre el juicio final, y dividióla en tres partes: la confusión de los hipócritas, al ver patentes sus pecados ocultos; la suprema verguenza de los escandalosos, al ver objeto de la execración universal los pecados públicos de que habían hecho gala, y la justificación de la Providencia, la manifestación clara de los misteriosos caminos ordenados por Dios, para bien siempre del hombre; la sapientísima urdimbre puesta al descubierto, de grandes hechos y pequeños acontecimientos, de penas y alegrías, derrotas y triunfos, liamamientos y amenazas, premios y castigos, que han de probar en la vida de cada criatura, mirada de frente á la luz de aquel tremendo día, la paternal providencia de Dios para cada hombre, la conjunción perfecta sobre cada uno de ellos, de sus dos atributos, el más temible y el más deseable, la misericordia y la justicia.

El jesuíta hablaba llanamente, expresando con sencilla claridad aquellas tremendas verdades, y trazando á veces pavorosos cuadros que herían la imaginación, estremecían los corazones y preparaban los ánimos para el eco futuro de aquellas temerosas palabras:

¡Ossa arida, audite verbum Domini!... Reinaba un hondo silencio, muy semejante al silencio del pavor, y el jesuita, torciendo un poco el rumbo á sus palabras, dejó ver de repente la bondad infinita de Dios, la más consoladora de todas sus grandezas, su inmensa misericordia, brindando siempre al pecador con un perdón tan sin límites y tan ámplio, que desaparecen en él, cual si fueran átomos, los más enormes pecados.

—Imagináos—dijo—un hombre llegado al último extremo del crimen; cargadle en vuestro pensamiento con todas las acciones afrentosas que fuera posible imaginar; vedle dormir tranquilo en medio de su verguenza, como si se viera al abrigo de la muerte, como si no tuviera ya remordimientos ni tuviera conciencia... Mas un día, lo mismo que en el sueño de Nabucodonosor una piedra desprendida de la montaña hizo pedazos al coloso con pies de barro, así también un átomo arrancado á la misericordia de Dios por los ruegos de algún justo, derribará sin causa alguna aparente á ese coloso del mal, y formará en sus entrañas desesperadas una lágrima, que subirá hasta el corazón y pasará por los caminos que Dios ha hecho para llegar á sus ojos marchitos, y brotará por ellos, y rodará al fin por sus mejillas... ¡Esa lágrima le ha revelado la verdad y conquistado el perdón y devuelto la paz!...

Y como si aquella lágrima bendita, alcanzada por la oración de un justo, se formase en aquel momento en algunas entrañas, y subiese hasta un corazón, y brotase por unos ojos, con explosión de dolor formidable, rompió el hondo silencio un sollozo que resonó por todos los ámbitos de la capilla, haciendo al jesuíta enmudecer un instante, y mirarse pálidas y sobrecogidas á cuantas vieron á la Condesa de Albornoz desplomarse sobre el reclinatorio, aniquilada como el grano de mijo que machaca la piedra de molino, mordiéndose las manos para contener, como con esfuerzo sobrehumano contuvo, los gritos, los sollozos, los alaridos de dolor que parecían hervirle en el pecho, sin llegar á reventarle por los labios.

Terminó el sermón, y siguióse luego, y terminó también aquel canto suavísimo, patético grito del pecador arrepentido: ¡Perdón, oh Dios mio! y la numerosa concurrencia desfiló por delante de Currita, sin que levantase ella la cabeza ni hiciera un movimiento, como si la verguenza de su vida entera le tuviese allí sujeta, clavada, ante las miradas curiosas, compasivas y aun burlonas de sus antiguos rivales.

Quedó la capilla solitaria, y una religiosa lega que se deslizaba como una sombra, apagó las luces una á una sin que la Condesa de Albornoz se moviese de su sitio ni diese muestras de vida... Unos brazos la rodearon al fin en aquella soledad de que sólo Dios era testigo, y una voz muy conmovida le dijo muy bajo:

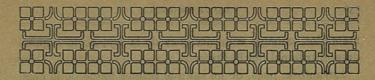
—Curra, hija mía... Abajo tengo mi coche... ¿Quieres que te lleve?...

Ella levantó la cabeza, y fijó en la que así hablaba una mirada hosca, medrosa, que no parecía tener conciencia de la realidad, y reflejaba como en dos vidrios profundos todos los asombros y todas las agonías... Reconoció al fin á la Marquesa de Villasis, y el rostro de la pecadora, rojo de vergüenza por primera vez en su vida, ocultóse en el casto pecho de la mujer fuerte, balbuceando entre sollozos:

-¡Sí, síl... Adonde no me vea nadie... Á Chamartín con mi hija...

La niña no se sorprendió al verla... Había ofrecido aquella tarde, por aviso del P. Cifuentes, el sacrificio de su vida, y esperaba, confiada y serena, como esperan las lágrimas del pecador los ángeles de la guarda...





IX

The ha dicho que más cavila un pobre que cien abogados, y hay quien cavila más que cien pobres y cien abogados juntos: cualquier muchacho haragán, que se ve con un libro delante, clavado en un banco. En este caso se hallaba aquel día en el estudio del colegio de Guichon

Alfonsito Téllez-Ponce, alias *Tapón*, piel del diablo, corazón de ángel, enredador como él solo, ídolo y tentación perpetua de sus compañeros, encanto y purgatorio eterno de sus maestros.

Sus propósitos no podían, sin embargo, ser aquella mañana mejores, ni sus intenciones más rectas; celebrábase al día siguiente el santo del P. Rector con una jira de campo famosísima, allá en la playa de Biarritz, y el mismo Tapón, condenado por tres ó cuatro sentencias á recluimiento perpetuo, proponíase con un día entero de observancia completa, alcanzar el indulto general de sus condenas, y el sobreseimiento de las diez ó doce causas que por diversos